

LA ISLA COMO LABORATORIO SEMIÓTICO DE LA IDENTIDAD. ROBINSON REVISITADO

Isabella Pezzini*

RESUMEN

En este artículo retomaré la insistencia y la convergencia de intereses de una serie de estudios significativos para mí en torno a algunos textos fundamentales de la literatura isleña. Son testimonio, como clásicos del canon occidental y fuente renovable de interpretaciones siempre nuevas, de lo que podríamos llamar precisamente la eficacia de la literatura –o del texto estético en general– para articular los temas fundamentales de la condición humana. Esta eficacia podría consistir, en última instancia, en la capacidad de tratar de forma figurada, es decir, no sobre la base de argumentos puramente racionales y/o cognitivos, sino a través de narraciones e incluso figuraciones fantásticas, cuestiones complejas y fundamentales. Concretamente, veremos los resultados de la inversión del mito de Robinson por Michel Tournier en los comentarios de Algirdas Julien Greimas y Bruno Latour.

PALABRAS CLAVE: mitismo de la Isla, inversión, subversión, identidad, alteridad.

THE ISLAND AS A SEMIOTIC LABORATORY OF IDENTITY. ROBINSON REVISITED

ABSTRACT

In this article, I will take up the insistence and convergence of interest of some scholars significant to me around some fundamental texts in Island literature. They testify, as classics of the Western canon and a renewable source of ever new interpretations, to what one might precisely call the efficacy of literature - or of the aesthetic text in general - in articulating the fundamental themes of the human condition. This efficacy might ultimately consist in the ability to deal figuratively, i.e. not on the basis of purely rational and/or cognitive arguments, but through narratives and indeed fantastic figurations, with complex and fundamental issues. Specifically, we will see the outcomes of Tournier's inversion of the Robinson myth in Greimas' and Latour's comments.

KEYWORDS: Mythism of the Island, Inversion, Subversion, Identity, Alterity.

En este artículo retomaré la insistencia y la convergencia de intereses de algunos estudiosos significativos para mí en torno a algunos textos fundamentales de la literatura sobre las Islas, sobre todo, en relación con cuestiones de identidad, individual y colectiva. Como clásicos del canon occidental y fuente renovable de interpretaciones siempre nuevas, estos textos son testimonio de lo que podríamos llamar una combinación ganadora a la hora de atestiguar la eficacia de la literatura –o del texto estético en general– para articular los temas fundamentales de la condición humana. Esta eficacia podría consistir, en última instancia, en la capacidad de abordar cuestiones complejas y fundamentales de manera figurativa, es decir, no sobre la base de argumentos puramente racionales y/o cognitivos, sino a través de narraciones e incluso figuraciones fantásticas.

Jurij Lotman, un autor ciertamente apreciado por todos los interesados en el estudio de las culturas, también hizo hincapié en la función primordial del texto dentro de una semiótica de la cultura. En la semiosfera, en efecto, afirmaba, el principio dominante es precisamente el de la textualización, entendida como traducción apropiativa de lo real, que, filtrado por las lenguas, se transforma en texto, entendido como toda forma cultural posible, así como fragmento a partir del cual se puede reconstruir hipotéticamente la totalidad, el todo de una cultura, y en particular su capacidad de autodescribirse. Lotman escribía que al igual que un rostro se refleja en un espejo y posiblemente en cada uno de sus fragmentos, en el mecanismo semiótico el texto individual es en cierto modo isomorfo al mundo textual. De hecho, afirma, existe un paralelismo evidente entre la conciencia individual, el texto y la cultura en su conjunto. Entre las partes, sin embargo, no solo debe existir una relación de semejanza, sino también cierta diferencia, que hace posible la dialogicidad del sistema, del mismo modo que en el intercambio comunicativo es necesaria la presencia de dos interlocutores semejantes y al mismo tiempo diferentes. Cada elemento de la semiosfera es, pues, un interlocutor en el diálogo, mientras que el conjunto de la semiosfera es el espacio del diálogo, su condición de posibilidad (Lotman, 1985).

Así, podemos pensar en la Isla como una semiosfera bien definida, facilitada por ser una unidad de espacio, dentro de la cual puede darse una situación de monogicidad, es decir, de ausencia de diálogo, o a la inversa, de dialogicidad, es decir, de evolución a través del contacto con la diversidad y la alteridad.

Umberto Eco, en cuanto a la especificidad textual de la dimensión narrativa, parafraseando la famosa frase de Wittgenstein «De lo que no se puede hablar hay que callar» en «De lo que no se puede hablar se puede/debe narrar», afirmó que empezó a escribir novelas cuando sintió que no podía demostrar los temas que le interesaban con el puro razonamiento y la forma «ensayo», como ocurre en gran parte de la novela moderna, donde la aventura de las ideas va de la mano de la de

* Catedrática de Filosofía y Teoría de las Lenguas en la Università degli Studi di Roma «La Sapienza». isabella.pezzini@uniroma1.it.

los personajes. En paralelo, su interés por los viajes fantásticos y los países imaginarios es continuo, y está bien documentado en el libro del mismo nombre (Eco, 2013) y, por supuesto, en su novela *L'isola del giorno prima* (Eco, 1994). Una isla que, aunque da nombre a la novela, es en realidad «una poderosa herramienta para pensar» (Sedda, 2020): siempre presente, como un destino aparentemente cercano, mas en sí misma inalcanzable, pero un irresistible atractor, una fuente inagotable de nuevos descubrimientos.

Michel Tournier, escritor y ensayista francés que vivió entre 1924 y 2016, sobre cuyo texto principal –*Vendredi, ou les Limbes du Pacifique* (1967 y 1992)– nos detendremos más adelante, decidió por su parte en un momento de su vida trasladar a la literatura los grandes temas filosóficos que le fascinaban. Discípulo de Gaston Bachelard y Maurice de Gandillac, eligió hacerlo a través de la mediación de los mitos, es decir, relatos ricos en significados e implicaciones simbólicas que implican la interpretación global del mundo. «El mito es un relato fundamental», escribió, «El mito es, ante todo, un edificio de varios planos que reproducen todo el mismo esquema, pero a un nivel de abstracción cada vez mayor... En un primer nivel, el mito no es más que un cuento infantil... pero en un nivel superior es una teoría del conocimiento, en un nivel aún más alto el relato se vuelve moral, luego metafísico, luego ontológico, etc.- sin dejar de ser el mismo relato» (Viola, 2007, p. v).

La Isla, por otra parte, es ciertamente una figura espacial dotada de una carga poética, simbólica y mítica muy especial, tanto desde el punto de vista de su conformación topológica como semántica. Así lo atestigua la riquísima literatura que se ha ocupado de ella desde la Antigüedad, y que muchos estudiosos han intentado desentrañar y estructurar en recorridos y tipologías basados en diferentes presupuestos, el más general de los cuales es precisamente la disponibilidad de la dimensión espacial a ser siempre doble, física, geográfica, pero al mismo tiempo significativa de algo distinto de sí misma, recorridos de conocimiento y pasión (VV.AA., 2019). Entre los muchos caminos de significación –algunos de los cuales, recuerdo, se reconstruyen en el bello libro editado por Franciscu Sedda *Isole* (2019), o en el número monográfico de la *Revista de Occidente* editado por Jorge Lozano (2009)– me gustaría citar la observación de Sergio Perosa, eminente anglicista italiano, autor de un bello ensayo sobre la evolución de la identidad arquetípica de la Isla y su relación con el lenguaje: «La isla», escribe, «tiene por arquetipo una naturaleza bivalente: lugar de lo maravilloso y al mismo tiempo de la muerte; de la aventura estimulante y al mismo tiempo del castigo; encantada y al mismo tiempo maldita. Así, su lenguaje es misterioso, esquivo, engañoso; caracterizado por sonidos y signos arcanos, perturbadores; marcado por jeroglíficos, criptogramas, mapas, que uno se esfuerza por leer, descifrar, descodificar» (Perosa, 1996, p. 13).

Judith Schalansky, en su *Atlas de bolsillo de islas remotas*, un gran viaje puramente bibliográfico (2009), elige como ejemplo el lado oscuro de las islas, ofrece un repaso de las verdaderamente «remotas», analizando su historia y sus relatos, y llega a sostener que son lugares inhóspitos, enigmáticos y esencialmente disfóricos, cuando no francamente hostiles. La autora persigue así el paradigma de la isla gótica: prisión, espacio de contención, lugar de la implosión de la naturaleza y del hombre contra sí mismo. Titula su Prefacio: «El paraíso es una isla. El infierno también», y



escribe que lo que encontró durante su viaje de exploración no fueron románticos escenarios alternativos, sino islas de las que solo cabía esperar que hubieran permanecido sin descubrir, lugares pobres e inquietantes, cuya riqueza consistía únicamente en el gran número de acontecimientos que tuvieron lugar en ellas. La isla, sigue diciendo, es un espacio teatral: todo lo que allí sucede se concentra casi inevitablemente en historias, dramas de cámara, se convierte en material literario. Es típico de estas historias que la verdad y la fantasía ya no sean separables: la realidad se convierte en ficción y la ficción se realiza.

Esta última observación encaja perfectamente con el contenido de una película reciente, titulada *The Banshees of Inisherin* (escrita y dirigida por Martin McDonagh, 2022), probable metáfora del sinsentido de la guerra civil irlandesa en una isla. La película engloba muchos rasgos típicos del prototipo semántico «isla», y algunas de sus posibles vías narrativas típicas: en la isla imaginaria, situada frente a la costa oeste de Irlanda en 1923, encontramos bellos paisajes, elementos naturales indómitos, un fuerte sentimiento de pertenencia entre los habitantes. Pero también, recuerdos de acontecimientos trágicos, oscuras profecías, sensación de claustrofobia, imposibilidad de cambio, inmovilidad. La historia narra la rutinaria amistad de dos personajes, Pádraic y Calum, y la trágica escalada provocada por la decisión de uno de ellos de romper con la rutina para dedicarse a nuevos intereses y conocimientos más creativos. Al encontrar de repente aburrida a su compañera de toda la vida, se dedica a la música, que compone paciente, y finalmente interpreta con unos jóvenes músicos que se encontraban en la isla por casualidad, de ahí lo de «extranjeros». Ni que decir tiene que el otro no acepta su inflexible decisión y le persigue con la misma obstinación, incapaz de aceptar el cambio del otro y la consiguiente pérdida de su propia identidad concebida como fijeza y repetición.

EL MITO ROBINSON Y SU SUBVERSIÓN

Retrocediendo en el tiempo, todos conocemos *Robinson Crusoe* (1719), de Daniel Defoe, uno de los prototipos de la literatura moderna de la isla, extraordinariamente eficaz como texto autodescriptivo del surgimiento del espíritu empresarial de la modernidad. Basada probablemente en una historia real, es el relato de un marino, aventurero y traficante de esclavos, cuya ideología de depredador bendecido por Dios y por el hombre sigue desgraciadamente viva hoy en día. Como es bien sabido, Robinson naufraga camino de Guinea, llega a nado a una isla en la desembocadura del Orinoco, donde, recogiendo meticulosamente todo lo que hay entre los restos de su barco, reorganiza perfectamente una vida civilizada en la isla siguiendo el modelo de la anterior. Sin embargo, siente el peso de la soledad, se convierte en asiduo lector de la Biblia y, finalmente «purgado», encuentra en la playa la huella de otro hombre, al que llamará Viernes por el día del encuentro. Lo rescata, lo libera, lo convierte en su sirviente y compañero, y le dedica un largo curso de educación mediante el cual consigue que sea capaz de comunicarse. Al cabo de unos treinta años, llega a la isla un barco amotinado, al que Robinson devuelve el

orden. Regresa con él a Inglaterra, donde se hace enormemente rico, y finalmente vuelve a la isla para colonizarla.

«El Robinson de Defoe (1719)», escribe Sergio Perosa, «es /sobre todo/ una isla de realidad y modernidad, en la que se lleva a cabo la secularización de la historia (...) y la reducción de la utopía a la facticidad. Por eso su lenguaje es el de los hechos, eminentemente referencial. El exotismo es un barniz, cuando no un engaño, para poder decir más sobre nuestro mundo de hechos y hechos» (Perosa, p. 28). Robinson es el ejemplo del colonizador y la isla desierta con sus eventuales habitantes salvajes es el espacio y el estado de naturaleza que hay que «civilizar». A la novela le siguieron un sinnúmero de «Robinsonnades», *remakes*, ampliaciones y ensayos críticos.

En nuestros días, volvemos a encontrarla como uno de los (únicos) cinco libros que constituyen el corpus a partir del cual Roland Barthes establece su penúltimo seminario en el Collège de France «Cómo vivir juntos» (1976-1977), cuyo valor perseguido es la *idiorritmia*, es decir, un acuerdo entre los ritmos de vida individuales y colectivos, siguiendo el ejemplo de ciertos monjes de Oriente. Una elección que en cierto modo explica por qué la isla es el lugar ideal para poner a prueba la propia identidad: en el caso de Defoe, se trata de la identidad del «hombre moderno»: colonizador, negrero, aventurero, hombre hecho a sí mismo con ayuda de la Biblia. La prueba/experimento mental en la que se centra Barthes es más bien de la experiencia de la soledad total –que remite a la conocida isotopía que equipara isla con aislamiento- descrita en la primera parte de la novela, que lleva a Robinson, antes de encontrar a Viernes, a domesticar animales, como sustituto de la necesaria alteridad y socialidad. En particular, Robinson enseña a un loro a llamarle por su propio nombre, estableciendo un pequeño diálogo cotidiano y ritual: parece poca cosa, pero oírse llamar le ayuda a mantener el sentido de su propia humanidad.

Michel Tournier, por su parte, escribe un cuento sobre el Robinson de Defoe, modificando significativamente su final (*La fin de Robinson*, en la colección *Le coq de bruyère*, 1978). Se imagina que Robinson, de vuelta a casa, se siente embargado por la angustia y la nostalgia de su isla, sobre todo tras la extraña desaparición de Viernes, de quien Robinson sospecha que ha regresado a la isla. Lo deja todo y parte hacia el Caribe, seguro de que volverá a encontrarla. «Sí, un secreto inefable le unía a Viernes, y ese secreto consistía en una pequeña mancha verde que había hecho añadir un cartógrafo portuario sobre el azul océano Caribe desde su regreso. ¡Y no era aquella isla su juventud, su hermosa aventura, su espléndido jardín solitario! (...) Pero la isla ya no se encuentra, se convierte en *isola perdida*, una meta inalcanzable. Para Robinson, es el fin, vaga por las tabernas del puerto, marcado con el dedo por sus observadores, que le juzgan sin piedad: (...) ¡la has vuelto a encontrar, pero no la has reconocido! -le dicen- A ella le ha pasado lo mismo que a ti, tu isla: ¡ha envejecido! ¿Y tú? ¡Mírate en un espejo, idiota! ¿Y dime si te ha reconocido a ti, a tu isla, cuando has pasado a su lado?». En esta reinterpretación, el tiempo pasado en la isla ya no se ve como la «actuación» del perfecto hombre civilizado occidental, sino como una experiencia fundamental en una perspectiva totalmente distinta, otra, la experiencia del ser más profundo frente a la actuación más superficial y engañosa. La isla, considerada un Sujeto y no un Objeto a conquistar, ya no reconoce a Robinson porque



ha perdido la inocencia que había hecho posible aquel momento de realización utópica y, sobre todo, no supo reconocerlo ni comprenderlo en el momento oportuno.

El Robinson de Defoe es, en efecto, uno de los textos sobre los que Tournier pone a prueba su teoría de la recuperación de los mitos hasta la extenuación, incluso leyéndolos e interpretándolos «al revés»: «... Robinson Crusoe», dice en una entrevista, «todo el mundo lo ha leído, todo el mundo lo conoce (...) Tomo este tema y lo trato a mi manera, pero con una idea totalmente megalómana. La idea es que quiero llegar al fondo de este tema, quiero que nunca se vuelva a hablar de él, quiero tratarlo tan bien que nunca se vuelva a hablar de él», (Viola, 2007, p. 6). La novela invierte el mito ya desde el título: esta vez es Viernes el verdadero protagonista... ¡junto con la Isla! Ya no estamos en el Purgatorio, como en el original, sino en el Limbo, o más bien en plural, lo que nos recuerda la referencia a la Divina Comedia de Dante Alighieri. En doce capítulos, tantos como meses tiene el año, se desarrolla la metáfora de la vida como muerte del «viejo» hombre occidental y renacimiento del hombre nuevo, a través de una sucesión de metamorfosis anunciadas en el prólogo de la novela por una lectura del tarot, que tuvo lugar en el barco justo antes del naufragio.

NUEVAS SUBJETIVIDADES, ALTERIDAD POSITIVA

Bruno Latour, filósofo y antropólogo, en un largo texto titulado «Irreducciones» (1984), escrito contra, evidentemente, toda forma de reduccionismo en el pensamiento occidental, y a favor de un cambio de perspectiva epistemológica, comienza precisamente con una larga cita del Robinson de Tournier. En la primera parte de la novela, el protagonista, a pesar de sus angustias, es un perfecto conquistador: intenta imponer a la isla, así como a sí mismo, el orden y el poder que ha introyectado. Pero en un momento dado Viernes, el «salvaje» que entretanto ha conocido y adoptado, y al que intenta moldear a su imagen (y a su servicio), hace estallar por descuido el polvorín que Robinson había construido meticulosamente. Habiendo perdido el baluarte de la defensa preventiva de una criatura frágil, a merced de un destino adverso y de una isla misteriosa, «Robinson se encuentra tan desnudo como el primer día. Por un momento piensa en reconstruir su castillo de vigas, reglamentos y medidas disciplinarias. Luego sigue a Viernes y descubre que vive en su isla como él, Robinson, nunca ha vivido allí. ¿Como un salvaje? ¿Como un holgazán? No, porque no hay salvajes ni holgazanes, salvo en comparación con el amo de la isla. Descubre un mundo nuevo, un nuevo orden de cosas, simplemente porque deja que las cosas sigan el orden de Viernes». Mientras Robinson, el único ser humano de la isla, llora de soledad, «Viernes tiene aliados, traidores, amigos, confidentes, toda una población de hermanos y bandidos, de los que solo uno lleva nombre de hombre» (Latour, 1984).

En efecto, puede decirse que Tournier comienza donde termina Defoe: en su camino de metamorfosis explícita, su Robinson de la primera mitad del texto se deshumaniza, según una regresión radical que le lleva al embrutecimiento total antes de renacer, hasta resucitar hasta el último, con una nueva metamorfosis, como una



especie de hombre/dios al final de la novela. Y la isla, cuyo nombre es Esperanza, desempeña un papel fundamental a lo largo de este viaje: absolutamente viva, dotada de una existencia completamente autónoma, es de hecho ella quien lo acoge, lo atrae, lo regenera y al mismo tiempo genera con él nuevas formas de vida.

El gran semiólogo lituano Algirdas Julien Greimas también se siente profundamente seducido por el texto de Tournier y las formas de «inversión» que propone. En su último texto importante, titulado *De l'imperfection* (París, 1987), Greimas concede un amplio espacio a la dimensión sensible de la significación y se centra en la experiencia estética, no tanto como reflexión sobre la belleza, sino precisamente como experiencia fundadora de la constitución del Sujeto en su relación con el Objeto.

El primer capítulo está dedicado a un fragmento de este libro de Tournier, con el título *L'eblouissement*, en italiano traducido *l'abbaglio*, en español tal vez *Deslumbramiento*.

Robinson se despierta una mañana más tarde de lo habitual porque ha olvidado rellenar el reloj de agua que necesita para medir el tiempo: la gota-reloj se detiene, incluso retrocede: en este súbito silencio, percibido como una detención del tiempo, una pausa de toda la isla, Robinson se asoma a la boca de la cueva, en la que se ve tan súbitamente sorprendido por la intensa luz del sol que tiene que apoyarse en las paredes de la boca. Interpreta este pequeño éxtasis como un auténtico momento de inocencia. Este «breve instante de indecible alegría» experimentado le sugiere la posibilidad de la existencia de «une autre île derrière celle où il penait solitairement /.../ plus fraîche, plus chaude, plus fraternelle» / «otra isla detrás de la que pensaba solo /.../ más fresca, más cálida, más fraternal».

Para Greimas, Tournier «es el representante casi perfecto de la concepción estética de la época clásica», de una captación estética como relación particular establecida en el marco atencional entre un sujeto y un objeto de valor.

«La sucesión de lo cotidiano, la expectativa, la ruptura de la isotopía como fractura, la vacilación del sujeto, el estatuto particular del objeto, la relación sensorial entre ambos, la unicidad de la experiencia, la esperanza de una futura conjunción total, son algunos de los elementos constitutivos de la captación estética que nos revela el texto de Michel Tournier» (Greimas, 1989, p. 17). Y de nuevo, comenta Paolo Fabbri: «Encantamiento en todos los sentidos (detención y atracción) y en todos los sentidos; infracción de la continuidad cotidiana de la experiencia; vislumbre, en la inmanencia misma del mundo (real o ficticio) de otro sentido. En este instante absoluto –todo uno o ninguno (de no sé qué o de otra cosa)– el Sujeto y el Objeto se reacomodan en un nuevo espacio transicional de conocimiento y gusto; es un sentimiento otro, insoportable e irrepetible, del que solo es o queda la nostalgia reversible o el hálito de la esperanza; duelo o entusiasmo, abanico de postales o repertorio de maravillas» (Fabbri, 1998, pp. XI-XII).

La otra isla vislumbrada por Robinson es también la condición de posibilidad de su propio devenir otro, a través de la compleja relación con la isla, que primero lo engendra, y luego incluso se convierte en su novia, según otra conocida isotopía de la feminidad. Esperanza es un sujeto autónomo que se impone a él, ofreciéndose como espacio de metamorfosis. De ahí la idea de identidad como relación, como camino de investigación y no como algo sustancial.



BREVE CONCLUSIÓN SOBRE LA IDENTIDAD

Esto nos remite al análisis de la noción de identidad del filósofo Paul Ricoeur, ampliamente adoptado en semiótica, para quien la alteridad es constitutiva de la ipseidad (Ricoeur, 1990) en el término *soi-même* que se construye la estructura ambigua y paradójica de la subjetividad humana; el término *même* posee de hecho, en lengua francesa, una doble valencia, según entendamos lo idéntico al equivalente latino de *idem* o *ipse*.

Desde la perspectiva así esbozada, queda claro cómo la identidad para Ricoeur no está totalmente cerrada y en sí misma ya formada, sino que es un proceso real que siempre está en marcha, constituyéndose dinámicamente a lo largo del tiempo a través de la dialéctica constante entre mismidad e hipseidad, que hace que el ego sea, por un lado, una totalidad cerrada y completa, el ego-*idem*, y por otro, una totalidad abierta sujeta al cambio y a la evolución, el ego-hipseidad.

Ricoeur subraya cómo la identidad-medesimidad y la identidad-hipseidad no deben pensarse como distintas entre sí o autónomas en sí mismas, sino más bien en su relacionalidad recíproca.

Lo que le ocurre al Robinson de Tournier, en este sentido, es la oportunidad de abandonar la fijeza de su *idem* y con ella el esfuerzo compulsivo por extender su alcance y dominio sobre todo lo que le rodea, considerado como una alteridad enemiga. Se trata de abrirse a la posibilidad de una evolución, que le lleve a nuevas formas de relacionarse con la Isla y con el Viviente que representa en todas sus formas, estableciendo un nuevo pacto de confianza con ella. El lado *Ipse* de la identidad, de hecho, representa una instancia contractual, un compromiso que el Yo asume con los valores compartidos con la alteridad reconocida en la plenitud de su subjetividad.

¿Consigue Tournier, por tanto, «agotar» el mito Robinson, como propone? Ciertamente, lo subvierte, y la convicción de la necesidad de este derrocamiento es tan poderosa que le impulsó a realizar también una versión simplificada de la novela, para niños, *Vendredi et la vie sauvage* (1971). Con razón, ya que el Robinson de Defoe se considera un clásico de la literatura infantil y, sin opinión, perdura en la afirmación de una ideología occidental monológica, apropiativa y caníbal.



BIBLIOGRAFÍA

- BARTHES, R. (1997). *Comment vivre ensemble. Cours et séminaires au Collège de France 1976-1977.* par C. Coste. Seuil/IMEC.
- DEFOE, D. (1719). *Robinson Crusoe*.
- ECO, U. (1994). *L'isola del giorno prima*. Bompiani.
- ECO, U. (2013). *Storia delle terre e dei luoghi leggendari*. Bompiani.
- FABBRI, P. (1988). Introducción a la edición italiana de Greimas 1987. Sellerio.
- PEROSA, S. (1996). *L'isola, la donna e il ritratto*. Bollati Boringhieri.
- GREIMAS, A. J. (1987). *De l'imperfection*. Pierre Fanlac.
- LATOUR, B. (1984). *Les microbes: guerre et paix, suivi de Irreductions*. Métailié.
- LOTMAN, J. (1985). *La Semiosfera*. Marsilio.
- LOZANO, J. (ed.) (2009). *Islas. La exuberancia del límite, Revista de Occidente* n. 342 (noviembre). Fundación Ortega y Gasset.
- MCDONAGH, M. (2022). *The Banshees of Inisherin*.
- PEROSA, S. (1996). *L'isola la donna il ritratto. Quattro variazioni*. Bollati Boringhieri.
- VV.AA. (2019). Isole ai confini. Dalle terre leggendarie alle utopie. In Sedda (2019), pp. 157-169.
- RICOEUR, P. (1990). *Soi-même comme un autre*. Seuil.
- SCHALANSKY, J. (2009). *Taschen-Atlas der abgelegenen Inseln*. Mareverlag.
- TOURNIER, M. (1967 y 1992). *Vendredi, ou les Limbes du Pacifique*. Gallimard.
- TOURNIER, M. (1971). *Vendredi et la vie sauvage*. Gallimard.
- TOURNIER, M. (1978). *Le coq de bruyère*. Gallimard.
- VIOLA, V. (2007). Introducción a la edición italiana de Tournier (1967 e 1992), Einaudi.
- SEDDA, F. (2020). Isole per pensare: la Garbage Island e The World, *Lexia. Rivista di semiótica* 35-36, pp.21-66.
- SEDDA, F. (ed.), (2019). *Isole. Un arcipelago semiotico*. Meltemi.



